JUAN DEL PUEBLO

PATOLOGIA SOCIAL



Ediciones de la
Liga de Escritores
Revolucionarios

México, D. F.
1924

Otro escritor revolucionario

Este libro revolucionario y fuerte, lleno de juventud viril y de honradez firme, viene al campo de la lucha social y política, sumándose a la acción orientadora de la Liga de Escritores Revolucionarios.

Su autor, el compañero **Juan del Pueblo,** es un cabal poseedor de la esencia de la Revolución y un escritor de fibra que se expresa en lenguaje sencillo y transparente. Una aguda ironía hacia los sistemas y los escritores apolillados, hacen de nuestro compañero un látigo proletario para azotar la espalda de los enemigos de la humanidad.

Sus conceptos sobre nuestros acontecimientos políticos y sociales, tienen una claridad envidiable y una sinceridad cabal, cualidades absolutas de la producción libertadora. Sus entrevistas con tipos reaccionarios, quitan bruscamente el traje de corte inglés al interpelado, para dejar a nuestros ojos su cuerpo lleno de lepra y de mugre.

La Liga de Escritores Revolucionarios lo presenta ante el proletariado mexicano como un nuevo defensor de nuestros ideales, y ante los idólatras de la reacción como una espada justiciera que romperá sus floretes de espadachines.

¡Ojalá que los Bulnes, los Queridos Moheños y los Garcías Naranjos aprendieran en los artículos de nuestro compañero, algo de esa sociología humana y noble con que los azota!

México, junio 3 de 1924.

C. GUTIERREZ CRUZ.

Strugle for life

En esta frase, que significa lucha por la vida, Darwin expresó el aspecto esencial de la vida. La vida se caracteriza por el fenómeno de lucha. Las especies se combaten unas a otras, y dentro de cada especie la lucha es no menos enconada. Tal comprensión de la vida está condensada en el proloquio vulgar que dice que el pez grande se come al chico.

En la especie humana los peces gordos están representados por los hombres de capital, sean comerciantes, industriales o terratenientes. De acuerdo con la concepción biológica de la existencia, se comen habitualmente, sin remordimiento, a los peces chicos, esto es, a los trabajadores del campo y de las fábricas. Sostienen a cada paso, para justificar su voracidad de tiburones, que los débiles están condenados a perecer y que las raciones más grandes pertenecen, por derecho, a los más fuertes.

El mundo no debe equipararse a una selva, donde la suprema ley radica en la fortaleza de

las garras y en la agudez de los colmillos. Un hombre rico no debe sentirse homólogo del tigre, ni un desvalido, del asno o del cordero. La adquisición de la inteligencia, con todos sus corolarios civilizadores, justifica otra concepción de la vida.

Gracias a los apóstoles de la idea socialista, sobre ese concepto brutal y primitivo que afirma que "la vida es un circo de leones panteras", germina por todas partes la convicción de que los hombre a igualdad de intelecto y de voluntad, tienen derecho a la misma ración y a la misma casa, mediante una distribución más equitativa de la riqueza.

La vida moderna ha creado un nuevo tipo de héroe. El héroe de la lucha por la vida, el del pan cotidiano. Héroes obscuros, equivalentes del soldado desconocido, pertenecen a todas las edades y sexos. El papelero que se levanta antes que el Sol, la estoica hija del pueblo que deja los pulmones en el lavadero o en la fábrica, el campesino que labra la parcela sin alzar nunca la cabeza, pegándose a los surcos como si quisiera incorporarse a la tierra, el obrero que trabaja en el taller mal ventilado y obscuro, el empleado que hace del pupitre un banco de tortura, el dependiente de comercio que erige el mostrador en barricada, forman la legión inacabable, inmensa, de los nuevos combatientes. Los que perecen, yacen en los hospitales, enfermos de tuberculosis, en la tumba sin lápida, en los anfiteatros de disección. Los derrotados, los ren-

didos, integran la impedimenta de los "sin trabajo". Grupo sombrío, llama a todas las puertas sin ser escuchado en ninguna; cesantes perpetuos, cazadores desahuciados de trabajo, el drama de sus vidas está sintetizado en el "lasciate ogni speranza" que, traducido a la jerga burocrática, quiere decir "inútil solicitar empleo."

El ideal patriótico está representado en ellos por la idea de familia. La pobreza sin término les impide conocer la alegría de vivir. Después de quince, de veinte años de lucha tenaz, sin un día de reposo, sin llegar nunca a redimirse de la servidumbre y de la miseria, se extinguen sus vidas anónimas, sin otro recuerdo que el que conservan, en un nombre y una fecha, los anales del Registro Civil.

Tal es el nuevo héroe. La humanidad futura, más justiciera, le erigirá monumentos que glorifiquen la pequeña vida cotidiana.

El caso clínico de don Francisco Bulnes

Don Francisco Bulnes pertenece más a la clínica que a la política. Padece esclerosis cerebral, consecuencia inevitable de sus muchos años. Si, como es de esperarse, se obstina en seguir lanzando a los cuatro vientos su polilla intelectual, los psicopatologistas tendrán oportunidad de estudiar cómo se instala y progresa la demencia senil, en cuyo período premonitorio se encuentra el señor Bulnes.

La herrumbre de los años no respeta órganos ni tejidos. Todas las funciones se debilitan y se apagan. La impotencia sexual de los viejos es el síntoma primitivo y más aparente de la decadencia orgánica general. Hay debilitamiento correlativo de la función genésica, de los brazos y del pensamiento.

El suero sanguíneo apenas si consigue atravesar las paredes arteriales, transformadas en muros espesos por la proliferación fibrosa y los

depósitos calcáreos. Todos los tejidos padecen anemia crónica. Al mismo tiempo se reduce el poder antitóxico del hígado, y el filtro renal, impermeable a medias, es incapaz de eliminar totalmente los venenos orgánicos. El viejo se convierte en un depósito de toxinas que engendrarían ideas de egoísmo y de rencor hacia las nuevas generaciones.

La vida de don Francisco Bulnes se cuenta por décadas. Casi todos sus amigos y contemporáneos están ya durmiendo el sueño eterno. El señor Bulnes es un náufrago del tiempo; se halla en un país que cronológicamente no es el suyo, empeñado en medir hombres y sucesos de hoy con metros ideológicos que nadie usa. Es un fantasma del porfirismo, cuya voz pertenece más a la Confederación Espírita que a la prensa.

El doctor V. Truelle, médico en jefe de los manicomios del Sena, describe así la involución senil: "En apariencia, las facultades intelectuales parecen aún indemnes; nada se ha perdido del "stock" de adquisiciones antiguas; los recuerdos, por lejanos que sean, son evocados con una precisión asombrosa; los juicios, a veces, demuestran una profunda penetración. Nada denota un estado de demencia, y, sin embargo, cuando se compara a lo que se era antes, la actividad psíquica se encuentra disminuída en cantidad y, sobre todo, en calidad. La adaptación a los hechos exteriores es menos instantánea y menos perfecta, las relaciones entre los fenómenos nuevos son difícilmente precisadas; todo

lo que sale del dominio intelectual ya explotado, todo lo que es extraño a la manera habitual de pensar, es de una asimilación laboriosa y aun penosa. La imaginación es menos rica y menos brillante, las concepciones, cada vez menos numerosas, tienden a encerrarse en un círculo cada vez más restringido; el poder creador está disminuído o anulado; en sus nuevas producciones, el viejo, ya insidiosamente atacado por la senilidad, tiende a repetirse."

Los artículos del señor Bulnes, que todavía representan éxitos editoriales, tienen el mérito de concretar y de reducir a fórmulas las ideas subconscientes de los conservadores mexicanos, de lanzarlas a la circulación amparadas por un sofisma, una cita histórica o una estadística mentirosa. Substancialmente la labor actual del señor Bulnes es una rumia cerebral, una exhumación de antiguallas que parecen desenterradas de alguna tumba egipcia.

Don Francisco Bulnes será catalogado en los anales patrios como un intelectual estéril, como un profeta falso que predecía la destrucción de Jerusalem, concitada por la revolución. Cultiva la censura y la diatriba para hacerse pagar caros los elogios. Nada legará, fuera de los veinte mil pesos que le donó don Adolfo de la Huerta y de los bienes que le produjo "El Verdadero Juárez". Inteligencia destructiva, hizo del sofisma y de la polémica una especialidad, alquilándola al mejor postor; talento unilateral y negativo, nunca admitió que vale más un acto

de voluntad que cien volúmenes de crítica. Sus últimos años, que ya huelen a polvo de museo, los pasa fabricando bombas de dinamita periodística que producen el efecto de cohetes.

Concluimos: don Francisco Bulnes pertenece a la clínica. No merece la atención del Gobierno ni del público. Amerita yoduro de potasio o un ingerto de glándulas de mono.

La conquista económica de México

Uno de los problemas más importantes de la vida económica nacional, es la conquista paulatina, insensible, que los extranjeros hacen de todas las actividades industriales, mercantiles y agrícolas del país.

Los industriales y comerciantes mexicanos casi no existen. El indio, el mestizo, el criollo, todos los componentes de nuestra nacionalidad, están condenados fatalmente a la servidumbre. El espíritu de empresa, la voluntad que domina y triunfa en la lucha por la vida, el ejercicio del ahorro que sirve de base a toda actividad lucrativa, no existen ni rudimentariamente en el alma nacional. El mexicano se caracteriza por su ineptitud para integrar la gran industria. En su propio país permite que se le arrebaten todas las fuentes de riqueza. Su tradicional desunión lo priva de los beneficios de la cooperación; la misma tendencia irremediable que lo lleva al cis-

ma político, engendra ruinosas desavenencias comerciales. Cuando emigra, desciende en jerarquía económica; se le encuentra triturando piedra o lavando platos en cualquier restaurant neoyorkino.

La conquista por el extranjero no se limita ya a las ramas superiores de la industria que somos incapaces de sostener y dirigir; abarca todas las ramificaciones del comercio, buena parte de la producción agrícola y se deja ya sentir hasta en las profesiones menos retribuidas. A título de ejemplo, señalaremos lo que está sucediendo en la costa occidental del país, donde los chinos monopolizan el trabajo de taller y las labores campestres, originando una situación dificilísima para los obreros y campesinos mexicanos.

Desde el punto de vista económico, la nación se divide en dos categorías: la de los hombres ricos, minoría estéril, sin significación industrial ni mercantil, grupo social que ha resuelto el problema de vivir mediante bienes heredados y que los usufructúa sin exponerlos a ninguna especulación. El otro grupo lo constituye la inmensa mayoría de los mexicanos que pugnan por vivir y apenas lo consiguen: la clase media y la clase popular, con el lazo común de la servidumbre, clase de asalariados sin esperanza de redención económica.

Es necesario crear procedimientos de educación que preparen para la vida. Educación más que instrucción necesita la República para

no convertirse en una colectividad de miserables.

La nueva escuela debe tener por base la educación del carácter, débense fomentar las inclinaciones por la industria y la agricultura; de bien poco sirve que contemos con una Facultad de Altos Estudios, si ignoramos el "a b c" de la lucha por la vida.

Los inconformes con la Revolución

Cada quien juzga la política por la parte que individualmente le corresponde de ella. Se califica la vida cívica patria en función del propio interés personal.

Los más irreconciliables enemigos de la revolución son aquellos a quienes el movimiento de reivindicación popular ha traído merma en su hacienda. Un hombre de dinero perdona que le hieran las convicciones y hasta la fe religiosa, pero nunca que le vulneren el bolsillo. Clama contra la revolución, en imprecaciones bíblicas, la alta clerecía, porque la revolución hizo efectivas las leyes de Reforma, acabando con los feudos episcopales. Protesta la vieja guardia porfirista, alejada de los "negocios" públicos que había monopolizado durante treinta años. Protesta el latifundista, urgido a restituir las tierras que sus abuelos habían arrebatado a los indios. Protesta el industrial, obligado a tratar

con humanidad a sus obreros, aceptando de mal grado la jornada de ocho horas, y quien ya no goza del recurso de desbaratar las huelgas a cargas de caballería. Se desgañita en el periódico, en la tribuna judicial, en cualquier sitio donde se reúnan más de tres personas, el cómplice más o menos pasivo de los crímenes de Huerta, porque la revolución no ha tenido la atingencia de otorgarle un ministerio. Se muestran inconformes los viejos, en la imposibilidad fisiológica de adaptarse a las nuevas condiciones del medio social.

Todos ellos encuentran totalmente ruinosa y detestable la obra de la revolución, a la que consideran, después del Diluvio, como el mayor mal que ha existido sobre la tierra.

Desconocen, o aparentan desconocer que la revolución es un suceso lógico dentro de la vida nacional, al que hay que conformarse y adaptarse, como hecho consumado que es; que la censura sistemática y apasionada al nuevo orden de cosas, la nostalgia por el pasado porfirista, contribuye a retardar la reconstrucción social de México y ahondar la división de clases. Abominan de la revolución y alaban a su autor indirecto, el general Díaz, que la incubó extremando la tiranía política, permitiendo que los hacendados despojaran y oprimieran a los campesinos, no haciendo nada por que las masas populares salieran de la ignorancia. Señalan como pruebas irrefutables de la bondad del antiguo régimen, las obras materiales que legó don Porfirio,

desentendiéndose de que representan monumentos de propaganda electoral erigidos para justificar el despotismo y la reelección, como si el agua de las bombas de Xochimilco, pongamos por caso, pudiera lavar la sangre de "Mátalos en caliente". Todos los tiranos, desde los Faraones hasta Estrada Cabrera, han sido devotos de la "mejora material" que ocupa los brazos del pueblo, impidiendo que se alcen para castigar sus crímenes.

Los inconformes con la revolución dejarían de serlo el día en que el actual Gobierno decidiera devolverles los cargos públicos, convirtiendo la esfera oficial en asilo de inservibles, de achacosos, de lacrados y de sifilíticos de la moral; el día en que declarara que vale más la opulencia de un burgués que el bienestar de quinientos obreros o campesinos y restaurara los privilegios y prerrogativas de las clases acomodadas. Entonces callarían todas esas bocas y los pesimistas de hoy, con el doctor Pangloss, afirmarían que éste es el mejor de los mundos.

Las inferencias por Analogía y la última rebelión

Cuando se inició la rebelión que hoy termina, los pesimistas vaticinaron la caída del Gobierno. Se trajo a colación Tlaxcalaltongo, y las frases "todas las revoluciones triunfan" y "la historia se repite" alcanzaron cotizaciones altas en el mercado político.

Los directores del movimiento rebelde fraguaron la asonada ajustándose a la técnica corriente de los cuartelazos, decretando el ascenso general. Don Adolfo de la Huerta, a ejemplo de don Venustiano Carranza, estableció la base de operaciones en Veracruz, suponiendo que todo movimiento que aquí se inicia termina forzosamente en victoria. Lanzó el manifiesto de rigor y esperó en Faros el derrumbe del Gobierno.

Los hechos posteriormente desarrollados demostraron que no existía paralelismo entre el

movimiento de 1920 y el de 1923, que Obregón y Carranza no eran valores equivalentes.

El movimiento rebelde, lejos de propagarse hacia el Occidente, ahogando al Gobierno en la capital de la República, experimentó una sacudida de reflujo, y tras de los combates de Llano Grande, Cañada de Morelos y Esperanza, perdió terreno y tierra, hasta quedar localizado en la cubierta del vapor "Agua Prieta".

Los rebeldes, tratando siempre de repetir la historia, han exhumado la Ley del 25 de enero de 1862, promulgada por Juárez y reeditada por Carranza. Esa ley es una medida extrema y durísima, una traducción al mexicano de la guillotina, que en ciertos trances críticos ha obrado con la eficacia de un medicamento heroico. Para desgracia de los sublevados, la rebelión es un cuerpo agonizante que requiere más los servicios del enterrador que los del médico. Dictada por don Adolfo de la Huerta, que en nada se asemeja a Juárez ni a Carranza, y en momentos en que las rendiciones de sediciosos se cuentan a diario por centenares, la ley en cuestión tiene tanta fuerza como un edicto diocesano promulgado en tierra de infieles. Si no entrañara un propósito bárbaro y sangriento, el suceso sería risible.

Nuestro ambiente social, caprichoso y contradictorio, obedece a leyes aún no determinadas. Fracasan las predicciones políticas, hasta las que parecen más lógicas y naturales. Parece vivir nuestro país fuera de la Sociología y de la

experiencia histórica. Que no lo olviden los revolucionarios de oficio que creen que todos los períodos presidenciales pueden rematar en Tlaxcalaltongo.

Veracruz, marzo de 1924.

Apología del arribismo

A la hora cálida de los brindis, cuando en las copas se extinguían las últimas burbujas de champaña, y los habanos humeaban como pebeteros, en el extremo de la mesa larga y enflorada, se levantó la figura ágil, pulcra y flexible del político arribista.

Habló de esta manera:

—Para que un brindis sea oportuno, se requiere que el que brinde tenga una copa en la mano y los que escuchan otra en el cerebro.

Seguro de que tales requisitos concurren en este momento de optimismo, de confraternidad, de comunión de ideas y de digestión sincrónica, me levanto a hacer profesión de fe.

Me siento hoy inclinado a las confesiones verídicas. Nada inclina tanto a la sinceridad como un estómago satisfecho. Por hambre, los humanos reniegan de sus convicciones, de su religión y de su nacionalidad.

Os diré por qué, desde hace diez años, soy comensal obligado en todos los festines de la de-

mocracia. De pequeño me distinguí por un incurable horror a los libros escolares. De joven adquirí aversión al taller, a la oficina y al mostrador. Huyendo de la jornada de ocho horas, me alisté en las filas de la política mercenaria, que es una profesión distinguida, la del esfuerzo mínimo y del provecho máximo.

Estoy limpio de prejuicios y también de ideales y de convicciones. No me puedo gastar el lujo de un ideal estando la vida tan cara.

La profesión de "condottiere" democrático se antoja fácil a los profanos. Se cree que llevamos una vida regalada, porque a los ojos miopes de la opinión, nuestra labor se reduce a vociferar y a nutrirnos en ágapes sardanapalescos. No dirigimos, no construimos, pero cambiamos de color, reflejando siempre el matiz político de moda.

Se nos acusa de tener el estómago demasiado voluminoso, podrido el corazón y el cráneo deshabitado; no lo discuto, mas en cambio, tenemos ligeros y ágiles los pies; somos maestros en la voltereta; brincar es fácil, brincan los caballos y los asnos. Difícil es saltar con limpieza, de la extrema derecha a la extrema izquierda, cayendo en el lugar de elección, sin maltratar los callos del vecino.

Se nos tiene a mal que recorramos toda la gama de los principios. Se nos exige que petrifiquemos las ideas, como si la vida fuese un museo en vez de un perpetuo "devenir".

Existen momentos de prueba para nuestra habilidad acrobática. Quiero referirme a los períodos de transición, cuando los gobiernos se derrumban y el yunque pasa a ser martillo. Entonces, los que fuimos columnas centrales del edificio del Estado, puntales de un andamiaje gubernativo, nos transformamos en arietes, en piquetas demoledoras de los muros que levantamos.

En los días de indecisión, de incertidumbre, cuando todos ignoran cuál es la carta que gana en el albur político, nos retiramos a la sombra, buscamos las medias luces y el crepúsculo, adoptamos actitudes borrosas y ambiguas que lo mismo pueden ser un saludo que un gesto de amenaza.

Cuando la situación se define y se aclara, salimos a la luz, subimos al tinglado de la antigua farsa blandiendo la espada de Breno, pidiendo para los vencidos guillotinas y comités de salud pública....

Señores comensales y amigos: levanto mi copa por Nuestro Señor Diógenes el Cínico, brindo por vuestra prosperidad y por la mía, y concluyo seguro de que, entre el sueño que producen los vinos y el que producen los brindis, optaréis por el primero.

La benemérita clase media

La denominación de "clase media" es una denominación que por ningún concepto se justifica. Económicamente representa esa clase la extrema penuria; intelectualmente, debe colocarse a la cabeza de todos los grupos sociales; desde el punto de vista de la voluntad, es una falange de abúlicos, de inválidos del carácter, incapaces de conjugar el verbo querer.

La clase media es la jerarquía social más alejada de la relativa felicidad que se alcanza en este mundo de sudor y de lágrimas. Los hombres de la clase media tienen inteligencia suficiente para concebir todas las ambiciones y penetración bastante para apreciar la realidad desconsoladora. Les sobra imaginación para desear y les faltan fuerzas para realizar. El perpetuo conflicto entre el "soy" y el "sería", constituye la eseneia de su incurable infelicidad.

No puede imaginarse más difícil la vida económica de la clase media. Categoría de empleados de comercio y de oficina, tienen el oficio de

todo el mundo, el que se aprende en unas cuantas semanas, el que no mancha la ropa ni encallece las manos, pero, por fácil, mal retribuido. Las exigencias de sociedad pesan como un grillete sobre el infortunado miembro de la clase media. El vestido, la casa, todo lo que se resume en el buen parecer, lo obligan a reducir la ración alimenticia y a torturarse la cabeza con déficits domésticos que nunca llega a solucionar. Vive en perpetua bancarrota, haciendo de la lotería una deidad salvadora. Antaño, la milicia y la clerecía lo salvaban de la miseria. Hoy, esas puertas se le han cerrado, desde que el ejercicio de las armas es una profesión de aventura y de peligro, a la que sólo por verdadera vocación se llega, y la clerecía constituye un "modus vivendi" precario y obscuro, al que únicamente se acogen los aldeanos.

El empleado —tomamos al empleado como representativo de la clase media—, tiene una suprema aspiración en la vida: guardar el empleo, mantenerse en él, defendiéndolo, no a capa y espada, sino a fuerza de humillar la espalda, a costa de su orgullo, a veces de su dignidad, extremeciéndose siempre que alguien pronuncia la palabra "cese".

Más feliz, más dueño de la vida, es el trabajador manual, sin otra ambición que su bienestar inmediato, confiado en su oficio, seguro de hallar ocupación en cualquier momento y adonde quiera que vaya.

La clase media, si quiere seguir el movimiento de defensa del proletariado, al cual pertenece, necesita modificarse fundamentalmente. Debe destruir el fetichismo que aún conserva por las clases acomodadas, ajustarse a su condición económica, abandonando para siempre la idea de parecerse en usos y costumres a la "gente bien". Su lugar está al lado de las clases laborantes, en las que debe buscar apoyo y las que sabrían estimar y aprovechar su inteligencia y cultura.

Los ensayos de sindicalismo que ha hecho la clase media, no son nada alentadores. La fuerza de un sindicato radica en la huelga. Una huelga de dependientes de comercio o de oficinistas, apenas alteraría la vida económica de una ciudad. Al punto habría doble número de personas en condiciones de suplir a los huelguistas. La huelga, en manos del obrero, es un ariete, una pieza de artillería que rinde los más sólidos baluartes del capital; en manos del hortera, del burócrata, tiene el valor de un sable de cartón.

Repetimos que la clase media, que por condición económica está más cerca de las clases populares que de los hombres ricos, debe ser una unidad más en el ejército del proletariado.

Lo que ha hecho la Revolución por los trabajadores

Hasta 1910, el Gobierno de México tuvo una organización feudal. La función de gobernar la detentaban exclusivamente los hombres ricos. En las Cámaras, en los gobiernos de los Estados, en los ministerios, sólo se entraba con tarjeta del Jockey Club. Don Porfirio había olvidado que en su primera juventud hizo zapatos, y con trajes confeccionados en Londres, dirigía la moda masculina desde el Palacio Nacional. Chucho Pliego, Nacho de la Torre y el marqués de Guadalupe, revivían en la corte republicana el fausto y el esplendor de los dos Imperios.

El patrono era a la vez gobernante. Jefe político y latifundista, legislador e industrial, ejercía una doble dictadura sobre el proletariado. Con una mano oprimía y tiranizaba en el rancho o en la fábrica, y con la otra reprimía todo intento de rebelión gremial, todo propósito de organización sindicalista, valiéndose de la

fuerza armada de que también era jefe y dueño. No necesitamos recordar los sangrientos sucesos de Río Blanco.

La revolución expulsó del Gobierno a los ricos. Perdieron tierras, propiedades urbanas, y aconsejados por su tradicional egoísmo que les dice que la función de dirigir pueblos pone en peligro la hacienda de los gobernantes, desde 1915 viven en el ostracismo, ocupados en hacer viajes a Europa y en añorar la paz de treinta años que les llenó de oro los bolsillos.

La revolución demostró que el orden de cosas establecido por el general Díaz no era perfecto ni inmutable, que el país podía prosperar sin la tutela del olimpo porfirista, y que ninguna fuerza extraterrestre se alzaba para castigar a los sacrílegos que echaron del país al semidiós de Tuxtepec. El obrero entrevió la posibilidad de ganar más jornal y de trabajar menos horas, y en el campesino nació la idea de poseer la tierra que había fecundado, años y años, con sudor y con sangre.

Los hombres de la revolución, penetrados de que el movimiento que derrocó a Porfirio Díaz y a Victoriano Huerta no debía limitarse a un cambio de fisonomía política, a una renovación de la alta burocracia, atendieron las legítimas demandas del proletariado, otorgando amplias libertades para la lucha social, poniéndose del lado de los trabajadores, siempre que la justicia les ha asistido en la pugna con el capitalismo.

Eso explica el tan rápido desarrollo que ha tenido en México el sindicalismo, desarrollo que en otros países se ha hecho lentamente, en muchos lustros, y que en nuestro país sólo ha necesitado de unos cuantos años, alcanzando conquistas definitivas que han elevado la condición social y económica de las clases laborantes.

La primera salida de Tartarín

Don Adolfo de la Huerta, supremo anarca

Hasta 1920, don Adolfo de la Huerta perteneció a la categoría de hombres inéditos. Vagamente se le conocía por algunos cargos públicos de segunda importancia que desempeñó sin pena ni gloria. Pasivamente ascendió a la primera magistratura de la República, en la que encontró cabezas ortodoxas que pensaran por él y hombros vigorosos que lo sostuvieran. Los diógenes políticos creyeron haber encontrado un presidente.

Don Adolfo representó un valor transitorio, una cotización fugazmente alta, en virtud de circunstancias extrínsecas. Nunca lo comprendió él así. La prensa y el Partido Cooperatista entonaron a coro laudatorias que elevaron a don Adolfo a los planos de lo irreal, "bovarizándolo", sumiéndolo en un sueño de opio que terminó en fuga tragicómica de Faros, al aproximarse la columna del general Martínez.

La última sedición es, en la vida del señor De la Huerta, no sólo una andanza de la que salió derrotado y deshecho, sino un descenso a la realidad, un motivo de introspección, una demostración de lo que vale su persona sin el apoyo de Obregón y de Calles. Veracruz, durante la rebelión, fué la capital de una República chica, y don Adolfo el presidente de ella, con todo el aparato burocrático correspondiente a su jerarquía. Un presidente de opereta con ministros de zarzuela, cuya jurisdicción no llegaba más allá de los Cocos. Se trataba de ensayar, entre bastidores, la función de gobierno que más tarde debía de tener por escenario el Palacio Nacional. El resultado del simulacro presidencial no pudo ser más desastroso: la influencia que se le atribuía en la Casa Blanca resultó tan metafísica como sus dotes napoleónicas; nunca consiguió armonizar a los generales infidentes y menos constituirse en jefe de ellos, pese al título de Jefe Supremo de la Revolución, que fué una mentira convencional, como todas las de su programa político.

Después del desbarajuste administrativo y militar que presidió el señor De la Huerta, no habrá quien piense que el exministro de Hacienda está abocado para gobernar al país y resolver nuestros hondos problemas sociales. Demostró ser un profesor de anarquía.

La Presidencia de la República es un cargo difícil y calamitoso. El medio social, turbulento y bravío, exije que el jefe de la nación esté he-

cho de madera de caudillo, que tenga voluntad recia y amplio intelecto. El abrazo, la sonrisa conciliadora, la perenne aquiescencia, toda la táctica oficinesca que usó don Adolfo para nutrirse por largo tiempo en los viveros oficiales, nada le valieron como jefe de facción y menos le valdrían como primer funcionario de la República. El saber obedecer no es condición suficiente para saber mandar.

Don Adolfo sólo presenta antecedentes de sumisión y por ello se le clasifica como un subordinado profesional. En Sonora obedeció a Serrano, en el Ejecutivo Nacional a Obregón y a Calles, como candidato a Prieto Laurens y como rebelde a Guadalupe Sánchez.

Actualmente a nadie obedece; es libre, con la libertad que confiere la muerte política; se halla en el cuarto período de la descomposición cadavérica.

Veracruz, abril de 1924.

Los títulos universitarios y las nuevas ideas

Nadie debe asombrarse de que los hombres formados en las aulas superiores defiendan con sus ideas al capital. Ingresan a las escuelas profesionales, para obtener un título que económicamente valga tanto como una casa de productos, una propiedad agrícola o un capital a rédito.

El título se utiliza como una arma ventajosa en la lucha por la vida, procurando que rinda el máximo provecho, medido siempre en unidades de moneda. Un profesional limita el cumplimiento de su deber al estudio de su especialidad. Se juzga hombre completo si domina íntegramente su profesión y la ejercita comercialmente, cambiando conocimientos técnicos por dinero. Para nada entra en él la idea de que también es un ciudadano, obligado a contribuir a la solución de los problemas colectivos, y un deudor de la sociedad que le ha dado instrucción gratuita.

Cuando se resuelve a dejar su torre de marfil y desciende a nuestra realidad social, es para hallarla misérrima y despreciable. Todo lo que se construye le parece incongruente y falto de solidez, califica de inoportunos o de infructuosos los propósitos más sensatos y mejor intencionados, se constituye en censor vitalicio de la República, tratando de inhibir con el peso de su crítica todo intento de acción. Obra como un diagnosticador pesimista y nunca como un terapeuta. Profesa la doctrina de que el débil debe ser aplastado, encontrando lógico y sin remedio el sufrimiento popular. Cada vez que se alza la voz de los oprimidos en demanda de justicia, echa mano a los libros, demostrando doctoralmente que la sociedad, tal como está organizada, es perfecta. La Universidad, como se ha dicho ya, es un centro de resistencia a las nuevas ideas; conserva mucho de la Universidad Pontificia: la teología del Becerro de Oro substituye a la Escolástica de Santo Tomás y San Agustín.

La revolución ha comprobado que el país puede vivir y progresar sin el concurso, en el Gobierno, de las inteligencias académicas. Los últimos gobernantes de México han sido hombres de carácter y de voluntad, que, por fortuna, no respiraron la erudita atmósfera universitaria. Victoriano Huerta se rodeó de una élite intelectual, notable por sus desaciertos gubernativos. Los licenciados don Querido Moheno y don Nemesio García Naranjo y el ingeniero don Francisco Bulnes, gobernante de ayer y de antes de

ayer, incurrieron en errores más grandes que los que hoy censuran. La revolución les arrebató el poder público debido a su impericia política. Ahora llaman torpes y perversos a los revolucionarios, con el mismo sentimiento de rencor con que el estudiante descalificado murmura del jurado que lo reprobó. El licenciado don Querido Moheno, a quien "la inmoralidad reinante" no se le cae de la boca, desempeñó tres secretarías del más conspicuo asesino que ha pasado por la Presidencia de cien años a esta parte.

En buena hora que exista la oposición. El país necesita de ella, que exista como organismo frenador de los actos del Gobierno, señalando, sin apasionamiento, derroteros nuevos y seguros, inspirada en el bien nacional y no en mezquinos sentimientos de despecho.

Un caudillo sin empleo

Cuando nació el general Félix Díaz, el hada madrina sólo le concedió un don: ser sobrino de su tío. Regalo magnífico, sin embargo, pues sin él, don Félix estaría plantando coles en Oaxaca.

A la edad en que todos los hombres usan ideas y bigotes, don Félix tenía únicamente bigotes. Por un fenómeno de compensación, le crecieron desmesuradamente, hasta parecer un galo de Zempoaltepetl.

Su más brillante carrera la hizo en el Jockey Club; fifís que hoy peinan canas y lucen calvas espejeantes, fueron sus compañeros de aventura y de gloria.

Con Bossuet, apoya la autoridad de los gobiernos en el derecho divino. En México reconoce un gobernante legítimo: Porfirio I, de quien, por vía colateral, ha heredado el derecho de regir al país.

Así se explica que sea don Félix un rebelde crónico, un sedicioso perpetuo que trata de suplir con constancia lo que le falta de dotes gue-

rreras, que quiere dominar en el tiempo, en la imposibilidad de hacerlo en el espacio. Que, con terquedad de actriz vieja, se resista a dejar el escenario político, donde ha cosechado tantos silbidos.

Desde hace diez años, el sobrino de don Porfirio es un caudillo desalquilado. A todos los jefes supremos que se suceden en el solio de la rebelión les brinda liberalmente su espada, que nadie acepta por inservible, porque no tiene filo y está corroída por la herrumbre.

Provisionalmente ha reducido sus ambiciones; no aspira ya a ser presidente, se conforma con un ministerio. A pesar de la generosa concesión, no encuentra quien le fíe para comprar un mausser ni soldados que se aventuren a seguirlo.

En países y tiempos en que las dinastías arraigan profundamente en el alma popular, don Félix sería una espada de Dámocles para todos los gobiernos. Por desgracia suya, el abolengo tuxtepecano, por efecto de contraste, sirve para afirmar su crédito de asno con charreteras.

En descargo de don Félix, debemos confesar que su condición de sobrino —no se concibe un sobrino entrado en años—, le asegura la juventud eterna, sin recurrir a los injertos glandulares de Vonoroff. La prensa extranjera le llama invariablemente "el joven caudillo".

A la fecha, pocos saben dónde está, qué hace, cómo vive. Algunos escépticos niegan ya su

existencia, asimilándolo a las leyendas locales de Oaxaca.

Don Félix vive y conspira en la ciudad de Nueva Orleans, a donde el señor De la Huerta envió un emisario con instrucciones de contratar su espada virgen. Y asómbrese el lector: el caudillo cesante, con un buen sentido que lo eleva al común de las gentes, declaró que no quería tratos con cadáveres políticos, optando por guardar su espada que seguirá cubriéndose de glorioso orín dentro de la vaina.

Veracruz, abril de 1924.

La prensa de oposición

Don Porfirio Díaz, entre otros méritos, tuvo el de gozar de un oído extremadamente sensible. Sin ser músico, fué un apasionado por la armonía: armonía electoral, parlamentaria y periodística. Hizo de las ideas políticas un concierto, un coro de alabanzas. Los que desentonaban con alguna censura al dictador, pagaban su pecado de lesa armonía con mazmorra en San Juan de Ulúa, confiscación de imprenta y hasta con muerte a la turca dentro de un barril.

El periodismo de oposición, durante la dictadura, fué una profesión de peligro, un arte de jugarse la libertad o la vida. La opinión nacional, que ha tenido siempre psicología de público de toros, aplaudía y admiraba el arrojo de los Silvetis de la Prensa, a quienes costaban bien caras las ovaciones: aún no se extinguían los aplausos, aún estaba el lidiador de los miuras porfiristas a medio ruedo, cuando ya la policía cercaba la casa del periódico rebelde al elogio, aprehendiendo redactores, cajistas y papeleros,

clausurando las puertas con tiras de papel sellado, que eran como mordazas puestas al pensamiento público.

Una conquista efectiva de la revolución es la libertad de pensamiento. La prensa, en estos días, es una tribuna verdaderamente libre, en la que se puede vociferar y patalear contra el Gobierno, sin miedo de encontrar al pie de ella un gendarme, un reducto con "tabú" de los viejos reaccionarios, un púlpito que utilizan los Caballeros de Colón para lanzar maldiciones sinaíticas. El general Obregón, en particular, ha sido respetuoso con la prensa; durante su Gobierno, los periodistas de oposición han tenido libertad absoluta para usar todos los tonos de la diatriba, desde la pseudo-crítica de Bulnes y Moheno hasta los insultos de "Omega" y "La Madre Matiana".

El concepto social del periodista de oposición ha bajado, a medida que se ha ido afianzando el principio de libertad de prensa. Ya no excita la admiración y ni siquiera la atención del público lector, por la misma razón que el arte del toreo dejaría de tener atractivo si se substituyeran las reses de bravura auténtica por toros de cartón. La profesión del valor periodístico, de la audacia cívica ha degenerado, convirtiéndose en refugio de fracasados, de intelectualoides inhábiles para vivir del periodismo corriente. Habría muerto ya ese género degradado de prensa, si no existieran aún descontentos pasivos de la revolución, gente timorata y comodina, incapaz

de empuñar un rifle, de externar una idea con ribetes de subversiva, pero que contribuyen al triunfo de todas las causas que se arman contra la revolución con oraciones muy fervientes y subscribiéndose a las hojas de oposición rabiosa, que para el temperamento ratonil de estos rebeldes platónicos representan documentos comprometedores que los hacen sentirse hombres de conjura.

En cuanto a los periódicos que viven de la noticia amarillista forjada en la redacción, que dan todos los días campanadas de escándalo entre la gente cándida, la autoridad que cuida de los mercados debería castigarlos por vender mercancía adulterada. El periódico de información vende noticias; cuando éstas son falsas a sabiendas, el editor incurre en un delito semejante al que expende leche adulterada.

Nuestra Señora la Pereza

La pereza es un producto nacional, como el pulque y las revoluciones. El clima, los antecedentes étnicos, hacen de nuestra nación una colectividad de perezosos, de abúlicos, capaces de todo, menos de encontrar afición al trabajo.

Es incuestionable que México y los pueblos de Latino-América tienen un coeficiente intelectual elevado. Prueba de ello, la selecta falange de poetas y ensayistas americanos que son maestros de las letras castellanas actuales. Rubén Darío, Gutiérrez Nájera, Nervo, Lugones, Silva, Valencia, Alfonso Reyes, Cornejo, García Calderón y otros muchos que no acabaríamos de enumerar, pueden alcanzar y alcanzan cotizaciones de primera línea en la lista de valores intelectuales. Por el contrario, carecemos de hombres de ciencia, porque la ciencia supone esfuerzo, voluntad, estudio, y tales modalidades de la acción son plantas exóticas, incapaces de prosperar en nuestro clima social.

Hasta dentro de la literatura se deja sentir la tradicional pereza nuestra. Casi no contamos novelistas. Y es que la novela requiere análisis, meditación y escribir algunos cientos de cuartillas.

Los perezosos se dividen en dos categorías: los perezosos absolutos, vagos profesionales que se proponen no trabajar y cumplen su propósito con una energía digna de mejor causa. Parásitos de la sociedad, se subdividen en varias jerarquías, desde el limosnero que excita la compasión pública con falsas lisiaduras, hasta el "fifí" a quien sostiene su familia y que llegada la hora de casarse, busca una esposa acaudalada que le resuelva el problema de vivir. Existe un tipo de transición: el sablista de oficio, jugador, maestro en el billar y en el "poker", que vive de los amigos, de los incautos y de las mujeres.

La segunda categoría la forma el resto de la nación: perezosos por atavismo, la tendencia a la inacción, a cruzarnos los brazos, la llevamos en la sangre; sólo obedecemos a los estimulantes inmediatos, a las urgencias imperiosas de comer y de vestir, aceptando la servidumbre como manera irremediable y definitiva de vivir. Descuidados de lo porvenir, olvidamos que las fuerzas se acaban con los años, que las enfermedades hacen visitas inesperadas, que una mesa servida, que un techo, no representan los términos últimos de las aspiraciones humanas.

La pereza nos impide todo progreso, haciendo que nos familiaricemos con la miseria,

que muchos encuentran buena y llevadera a cambio de no mover los brazos. En el terreno económico nos relega al papel de asalariados, entregando la dirección del comercio y de la industria a las manos incansables de los extranjeros. En el terreno político engendra el parasitismo administrativo y crea el político de oficio, sin inteligencia, sin moralidad, sin conocimiento de las necesidades sociales, sin más mérito que su inquebrantable propósito de no trabajar.

Nuestra suprema aspiración estriba en el esfuerzo mínimo, en el ocio animal expresado por el bostezo, que es nuestro gesto favorito, el representativo de nuestra idiosincrasia. Parece que están rotas las conexiones nerviosas entre las facultades motrices y la razón que nos aconseja obrar.

El socialismo y las temperaturas extremas

Nos explicamos que Veracruz posea un sindicalismo avanzado, como lo tienen pocas poblaciones de la República. Las temperaturas extremas influyen grandemente en la propagación de las ideas socialistas, porque hacen la condición del trabajador más angustiosa e insostenible. Tan penoso es el trabajo del obrero ruso, a diez grados bajo cero, como el del estibador del trópico que transporta fardos bajo un sol de fuego.

Existe simetría entre la condición de nuestros obreros y campesinos que son víctimas del calor y del paludismo, y la del trabajador del Norte que perece de frío y de tuberculosis. Los hombres de dinero que en estos días de bochorno se defienden del clima con hamaca, ventilador y cerveza helada, no aciertan a comprender por qué se sublevan y se rebelan los que trabajan todo el día en labores que ellos no resistirían durante un cuarto de hora.

Veracruz, marzo de 1924.

Siluetas de la Provincia

Entrevista con el Rey de la Chicana

Llegamos a la casa del magnate de la judicatura, una casa grande, magnífica, con patio ancho y suntuoso de flores como un jardín. A la puerta, el auto dormía, soportando al chofer, dormido también.

En la antesala, dos abogados fracasados hacían labor de amanuenses. Esperamos una hora y al fin entramos al departamento espacioso y solemne en que trabajaba el Gran Maestre de la Chicana. En el muro, dominando la estancia, un Crucifijo abría sus brazos de perdón y de misericordia, para dar conformidad a los litigantes vencidos. A los pies del Cristo, la rica biblioteca del abogado célebre se repartía en estantes monumentales: tratados de Derecho, códigos de todos los tiempos y países, volúmenes de Filosofía Escolástica; símbolo íntegro y fiel de la vasta mentalidad del jurisperito, de su sabiduría de hombre de curia y de su fortaleza religiosa,

en el que las ediciones de lujo significaban que la opulencia completaba el valer de tan altas prendas de intelectualidad y de moral.

Nos miró a través de sus anteojos eruditos. Sentimos que su mirada poseía la penetración de los Rayos X y nos hurgaba las circunvoluciones cerebrales. Meditó qué tono de voz y qué aire convendría usar con nosotros, periodistas de provincia. Dominaba toda la gama del gesto: fino y amable con los clientes de calidad, persuasivo y un tanto donjuanesco con las viudas acaudaladas, paternal y bonachón con los huérfanos ricos, rotundo y doctoral con sus compañeros de profesión, grosero y despótico con sus subordinados.

Optó por tratarnos como a clientes de poca cuantía, respondiendo del modo que sigue al tema de la encuesta: "¿Qué opina usted de su profesión?"

—Sobre mi profesión podría yo escribir cincuenta, cien volúmenes. ¡Hay tanto qué decir! Seré, sin embargo, breve, pues no acostumbro despilfarrar mi tiempo en charlas inútiles.

La esencia de la profesión no está en los libros. La escuela es una institución ociosa. Salimos de ella con reglas inservibles por viejas, buenas para usarse en la República de Platón. El objeto de la escuela de leyes sería restringir el número de abogados, eliminando a los estudiantes por aburrimiento. Los libros que aquí he coleccionado sirven para hacer respetable mi sala de consultas.

Cuando me retire de la profesión fundaré una escuela de abogados. Toda la enseñanza girará alrededor de la chicana y del recurso de amparo. Demostraré que la copa, el habano, la palmada en el hombro son argumentos legales de primera fuerza, que el banquete, el compadrazgo judicial y las promesas de dinero equivalen a juicios favorables de última instancia. Habrá cursos prácticos para escamotear expedientes, cátedras donde se enseñe la técnica para sobornar secretarios de Juzgado, procedimientos para alargar indefinidamente, en el tiempo y en el espacio, los litigios en que se versen intereses cuantiosos. Fundaré dos escuelas adjuntas: la de testigos falsos y la de jurados populares.

Al titularme, hace ya veinte años —prosiguió el grueso abogado, suspirando al evocar su lejana juventud con la emoción de un fuelle—, creía en Augusto Comte y en la filosofía positivista, y escribía artículos exaltados para "La Voz de Juárez". Merodeaba en los juzgados menores, poniendo en libertad reos que me pagaban con promesas. Hubiera muerto en un petate si no cambio oportunamente de rumbo profesional y de fe. Me hice católico a machamartillo, defensor de la Iglesia y del derecho de propiedad. En la misa más concurrida comulgaba yo, desvaneciendo con actos piadosos el prejuicio vulgar de que abogado y ladrón son sinónimos. Cada año, por la Cuaresma, me encerraba con toda la gente de pro en una casa de

Ejercicios, de la que salía limpio de culpas y con nuevos clientes.

A la fecha, mi bufete es el más concurrido. La clientela se amontona en mi antesala. Mi influencia se extiende a todas las clases sociales y ramas del Gobierno. Remuevo jueces, sugiero y apoyo candidaturas políticas. El gobernador es mi mejor amigo. Me ofrecen presidencias de sociedades y el cargo de senador; cuanta empresa industrial se organiza, incluye mi nombre en el consejo de administración, para prestigiarse. Mi saludo se cotiza muy alto en la calle.

Todo este edificio de honorabilidad y de cantería descansa sobre mi especialidad jurídica: la chicana, que conozco y manejo como nadie. Siempre he sustentado el criterio de que el abogado debe aceptar y defender todas las causas, las justas y las injustas, las fáciles, las intrincadas, las desesperadas y hasta las perdidas, excepto las de los litigantes insolventes.

—Actualmente —concluyó—, se discute por ahí mi rectitud, a causa de cierto legado que pasó íntegramente a mí, sin tocar nada a los herederos legítimos. Fué una labor impecable, un acto de prestidigitación judicial que consignaré en una memoria a la Academia de Abogados. Para desbaratar esos rumores ofensivos y afirmar mi crédito de hombre honrado, ingresaré ahora mismo a la sociedad de Caballeros de Colón.

Morelia, junio de 1922.

Toque de dispersión

La rebelión ha entrado en el período final de "sálvese el que pueda".

En los Estados Unidos están reconcentrándose los principales jefes del movimiento, dispuestos a derrocar al Gobierno desde Galveston y a gastarse los dineros habidos a río revuelto.

Los autores de la rebelión carecen de espíritu de mando, de dotes de Gobierno, pero en cambio, tienen grandes aptitudes para escurrir el cuerpo. Mientras ellos continúan en los "cabarets" americanos la vida orgiástica que les dió celebridad en este puerto, aquí pasan hambres y miserias los que tuvieron la desgracia de seguirlos, en un momento de debilidad o de ofuscación. Nos referimos no sólo a los que todavía no han tenido oportunidad de rendirse al Gobierno, y que en la sierra llevan una existencia azarosa y de peligros, sino a los jefes, oficiales y soldados que se han sometido ya, y que habiendo sido licenciados, tienen sobre sí el negro problema de vivir. Los hijos sin pan, las esposas y

madres enfermas, con los huérfanos y las viudas, forman una falange sombría y lamentable, con cuyas quejas compondríamos una sinfonía del dolor, para repetirla en los oídos de los causantes de la guerra civil, en vez del "jazz-band" con que entretienen sus ocios de exilados.

Veracruz, marzo de 1924.

El problema final

México es un país de problemas sin solución, de incógnitas que nadie acierta a despejar, de interrogaciones perpetuamente abiertas, como las de la Esfinge. La tragedia constante absorbe la atención nacional, impidiendo toda meditación seria, todo estudio sistemático y prolongado. La irreflexión origina nuevos dramas, colocando nuestra vida dentro de un círculo vicioso.

La vida mexicana tiene tantas perspectivas, tantos puntos de vista, como panoramas geográficos nuestro territorio. Quién asciende hasta la cima de una montaña sideral, hasta donde no llega el dolor de la tierra baja, quién otro, estrechando el campo visual, poniéndose delante de los ojos dos microscopios, subordina a su vida doméstica la vida de la nación.

Los partidarios del antiguo régimen reducen la reconstrucción nacional a la reconstrucción material. Aconsejan que se levanten nuevas fábricas, que se tiendan nuevas vías férreas,

que se dé por no sucedida la revolución y se prosiga la vida de 1910. La solución satisface a la minoría capitalista, pero no a las clases populares que no quieren, con legítimo derecho, volver a la esclavitud económica.

Los líderes sovietistas aspiran a un cambio de decoración social, a levantar otro edificio, conforme a nuevos planos. Es difícil, tratándose de sistemas que están en el período de experimentación, precisar hasta qué punto puede llevarse la reforma social, sin detrimento de nuestra producción, sin lesionar relaciones con el mundo que continúa siendo capitalista, de las que México no puede prescindir.

Para otros, colocados en el término medio, habría que hacer de la nación una comunidad en acuerdo, mediante un reajuste de valores sociales, polarizar las energías individuales, de manera que la fuerza resultante sea la suma de todas ellas y no su diferencia. No hay, a nuestro juicio, argumentos capaces de modificar nuestra idiosincrasia, de neutralizar influencias ancestrales, de desposeernos de nuestras pasiones. Podemos contribuir indirectamente a que ese ideal, el nuestro, se realice en otras generaciones. La generación de hoy, formada de componentes sociales incompatibles, de términos extremos, separada por odios latentes, heredados de la Conquista, no puede presentar un frente único de acción, no puede guardar más disciplina que la que le imponga un Gobierno fuerte.

Debemos crear un programa de educación, con una moral cívica, con una sola interpretación de nuestra historia, con un solo ideal nacional, que conceda preferencia al desarrollo de la voluntad sobre todas las facultades psíquicas, un programa con vistas al futuro, que finque sobre el presente revolucionario toda la obra de la reconstrucción.

Varios de los artículos que aparecen en esta obra, fueron publicados en "El Proletario", de Veracruz.




3 0112 062222036